

El montón de piedras señalaba el lugar donde había estado la tenada de Eutimio, quien notó una gota de rocío atravesando sus pestañas y pensó que sería por el cierzo que se colaba desde el cerro, aunque en el fondo sabía que era su nostalgia atrapada en aquellas tierras altas y desoladas.

Por entonces, tenía un sueño recurrente: sus pies echaban raíces en el suelo y era hombre y era árbol, era monte y era tierra.

Su hija lo había llevado a la aldea desde la residencia de San Pedro Manrique y fue ella, Esperanza, la que lo sacó de su ensimismamiento:

—Padre, dice la Diputación que van a traer rebaños de ovejas bomberas, con sus pastores y todo, y arreglarán cuatro casas del pueblo para que se vengán a vivir con sus familias. Todo volverá a renacer, padre.

—Ese cuento—dijo Eutimio—lo escuché muchas veces. Tuve que dejarlo, malvendí los lechazos, ordeñé para nada, y el queso... nunca llegó la denominación de origen que prometieron en los ochenta. No hija, no pierdas el tiempo soñando...—Entraba el viejo pastor en un trance melancólico: por su cabeza avanzaba el ondulante rebaño hacia los pastos, monte arriba, acercándolo al cielo.

—¿En qué soñarán los niños del futuro? —dijo de repente, — y añadió:

—Habrán perdido sus raíces, puede que sean androides que sueñan con ovejas mecánicas, ¡y la leche de su desayuno será aceite sintético! —Rio con tristeza.

—Padre, no digas bobadas—a Esperanza le preocupaba aquel desvarío.

Eutimio apartó su rostro de los ojos escrutadores de su hija, no quería que lo viese llorar y, cuando se apaciguó, le dijo:

—Esperanza... ¡llévame a mi casa!

*El relato logra combinar una profunda carga emocional, simbolismo rico, contexto relevante, personajes auténticos y un estilo literario elevado para crear una historia que resuena con los lectores en múltiples niveles.*